

# Conservadurismo, republicanismo y antirrepublicanismo en las Fuerzas Armadas

*JULIO BUSQUETS*  
*Universidad de Barcelona*

En este trabajo se trata sólo de la ideología militar, no de los hechos o batallas, ni siquiera de la organización de los ejércitos o de las procedencias de los mandos.

Los militares en general son conservadores porque:

1. Existe una histórica conexión con la nobleza que les hace mantener sus valores (honor, valor...), su jurisdicción separada, etcétera.
2. Su trabajo es la guerra, lo que exige actitudes maniqueas, autoritarias y el culto de valores (como la Patria, la autoridad, el orden, ...) que en general coinciden con los de la derecha.
3. Están aislados de la sociedad por sus elevados índices de autorreclutamiento y endogamia, por su educación y trabajo separados, por la existencia de barrios de viviendas militares, etcétera.

A estos factores, generales a todos los ejércitos de todos los países, se unieron en España, en 1936, otros específicos que potenciaron actitudes anti-democráticas:

1. La guerra de Marruecos que dio lugar a la «generación africanista», una generación marcada por una guerra realizada con dureza, crueldad,...
2. La dictadura de Primo de Rivera, en la que cristalizó el corporativismo militar antiparlamentario.
3. La Academia General Militar dirigida por Franco, que significó una involución del sistema militar de enseñanza.
4. La llegada de la República y las reformas de Azaña.



En la sociedad civil esta tensión habría hecho nacer un partido político o un sindicato: En las FAS había el recuerdo de las Juntas de Defensa y cuajó la UME (Unión Militar Española). La potenciaron tres acontecimientos: La Sanjurjada (10-8-32), los sucesos de Casas Viejas (12-1-33) y las elecciones del 19-11-33 (tras la fundación de F.E. el 29-10-33). Aumentó siendo Ministro de la Guerra Gil Robles (5-35 al 2-36) y tuvo especial implantación en Madrid, Barcelona, Valencia y en el Norte. Sus miembros fueron unos 260, pero tuvo muchos simpatizantes.

Frente a la UME, se creó la UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista), heredera ideológica de la A.M.R. (Asociación Militar Republicana) creada durante la Dictadura de Primo de Rivera, tras la disolución de la Artillería (19-1-29) y que fue impulsora del Pacto de San Sebastián (17-8-30) y del pronunciamiento de Jaca-Cuatro Vientos (15-12-30). Los militares de la UMRA fueron pocos.

La crispación aumentó con:

- La Victoria del Frente Popular (16-2-36).
- La acusación contra López Ochoa (11-3-36) exjefe de la AMR.
- La destitución de Alcalá Zamora (7-4-36), consuegro de Queipo de Llano.

Entre febrero y julio del 36 había tres conspiraciones militares:

- La de la UME (dirigida por Barba Hernández y Valentín Galarza)
- La de los Generales (dirigidos primero por Goded, después por Rodríguez del Barrio y finalmente por Fanjul).
- La de Mola.

El estallido de la rebelión del 18 de julio, significó la desaparición del ejército regular en la zona republicana y su sustitución por milicias, y también la potenciación de estas unidades militares y políticas en la zona sublevada (excepto Marruecos). Con el tiempo la profesionalización aumentó en ambos bandos perdiendo influencia los partidos políticos.

Inicialmente el grado de politización es muy elevado y hay oficiales de milicias en ambas zonas (hubieron Academias Militares de Falange hasta abril de 1937). Posteriormente los nombramientos de oficiales de milicias ceden lugar a los profesionales: «Alféreces Provisionales» de los sublevados y «Tenientes de Campaña» de los republicanos. Ambos ejércitos estaban politizados y la identificación político-militar se produjo incluso en lo simbólico: en las divisas, en los saludos con el puño o el brazo en alto, etcétera...

En este trabajo, se van a analizar las Fuerzas Armadas, pero no desde un punto de vista orgánico, estructural, sino ideológico, intentando profundizar en las motivaciones que llevaron a un importante sector de ellas a la rebelión, y las que hicieron que una minoría se opusiera a la misma. En consecuencia, comenzaremos por estudiar el conservadurismo militar, que en unos momentos

de crispación hizo nacer a la UME, organización que permitió a la conspiración de Mola penetrar en el tejido social del estamento militar, y adherirse a la rebelión del 18 de julio.

### Sobre el conservadurismo militar

Los *militares*, en general, son *conservadores*. Ciertamente existen abundantes excepciones, desde los militares liberales españoles del XIX, a los que en este mismo suelo se enfrentaron a la rebelión del 18 de julio, pero lo normal es que el militar sea conservador<sup>1</sup>.

La razón de ello, probablemente esté en la propia naturaleza autoritaria y de preparación para la guerra del quehacer militar, que requiere la potenciación de unas pautas de conducta autoritarias, así como un culto maximizado de ciertos valores que, en general, coinciden con la ideología conservadora: En la guerra, para la que todo ejército existe y se prepara, el primer deber es luchar, lo que implica estar dispuesto a morir y a matar, y eso sólo es posible con planteamientos rotundos, maniqueos, sin matices, que dividan a los hombres en buenos y malos, en amigos y enemigos. En la paz, los conceptos de jerarquía, energía, dureza, autoridad, orden, honor, valor, patriotismo, disciplina, etcétera, presiden la vida militar, y estos valores, sin ser exclusivos de la derecha son especialmente mitificados por ella, que no suele incluir entre tales valores los de libertad, igualdad, tolerancia, paz, solidaridad, cogestión, etcétera. Y estos últimos, por razones diversas, son de difícil encaje en la organización militar. De este modo, la ideología militar tiende a coincidir con la de la derecha, por lo que, en general, los militares tienden a ser conservadores o, si se prefiere, para matizar, más conservadores que la mayoría de las personas de su propio país.

Sin embargo en la España de 1936, el conservadurismo de los militares no era el normal de cualquier ejército y cualquier lugar, y se trataba de un conservadurismo exaltado y agresivo, potenciado por varios acontecimientos, que aumentaron el talante conservador del militar español de los años 30:

En primer lugar, la mayoría de los militares de entonces pertenecían a la generación africanista y habían participado en la guerra de Marruecos. Una guerra dura, realizada contra guerrilleros de un país del Tercer Mundo que además actuaban con crueldad, lo que les marcó obviamente en forma nega-

---

1 En la tercera edición de mi libro *El militar de carrera en España*, 1983, ya se han desarrollado extensamente estas causas, que fundamentalmente son: la histórica conexión con la nobleza y sus valores, la peculiar forma de la enseñanza militar, un trabajo basado en la preparación para la guerra y el aislamiento en que viven los militares (léase op. cit. pág. 209 a 275). Estos datos son inéditos de la tercera edición y en las anteriores no figuran.

tiva, pues en las guerras las pautas de conducta de ambos contendientes tienden a igualarse. Y así mientras Francia, Inglaterra y Alemania contendían entre sí en la guerra europea, una guerra moderna, en la que se usaron los últimos adelantos técnicos, nosotros medíamos nuestras fuerzas con los bereberes del Rif. Obviamente aquella guerra no fue una buena escuela para nuestros militares<sup>2</sup>.

En segundo lugar *Primo de Rivera*, cuya dictadura acababa de terminar, había resucitado la práctica del pronunciamiento y la intervención de los militares en la política, en un momento en que tan nefastas prácticas ya casi estaban superadas por el bipartidismo de la Restauración. Así lo reconoce incluso una figura tan próxima a *Primo de Rivera* como el general *Dámaso Berenguer* (que le sucedería en la jefatura del gobierno) cuando escribe:

«Antes del golpe del 13 de septiembre, ni la política ni el régimen eran temas de los que la oficialidad se ocupara en la intimidad de sus cuerpos de guardia y lugares de reunión... Las mismas Juntas de Defensa no fueron nunca decididamente políticas en el sentido que pudiera tener relación con el régimen; su atención y sus actividades no solían apartarse de los asuntos de índole puramente militar: nivel técnico, escalas, ascensos, igualdad de Armas...»<sup>3</sup>.

Desgraciadamente, tras el golpe todo cambió: los oficiales pasaron a ocupar cargos políticos, desde ministros (camuflados bajo el nombre de consejeros) hasta más de 600 delegados militares para supervisar la administración local.

Por otra parte, *Primo de Rivera*, realizó una reforma de la enseñanza militar claramente militarista y regresiva, apoyándose en Franco, al que nombró director de la Academia General Militar. Allí la formación pasó a ser fundamentalmente acrítica, memorística, repetitiva. Las materias humanísticas, las ciencias sociales, eran escasas y la bibliografía, pobre. No se compraban libros de consulta y se estudiaba sobre unos guiones elaborados e impresos en la academia. Por supuesto, no se tenía la costumbre de acudir a la biblioteca. Por último, para colmo de males, nombró profesores a africanistas del equipo de Franco, que a veces desconocían la asignatura que debían enseñar, ya que la

2 En ella nacieron las tropas extranjeras que hicieron posible la victoria de Franco, porque sin los mercenarios de la Legión Extranjera (que así se llamaba entonces) y sin los moros de Regulares, el famoso paso del Estrecho habría quedado sin contenido, y Franco habría perdido la guerra.

En este sentido es preciso señalar el resultado completamente distinto de la sublevación del 36 en las guarniciones de la Península, que, en general, se dividieron, y en las de Marruecos, que se incorporaron masivamente a la sublevación pese a notorias excepciones (Romeriales, Puente Bahamonde, etc.). Marruecos fue, en efecto, la gran cantera humana del Ejército de Franco.

3 BERENGUER, D.: *De la dictadura a la República*, Plus Ultra, Madrid, 1946, pág. 221.

dirección decidía al respecto, con criterios militares (empleo, arma, plantillas...) y con independencia de su formación y saber. Evidentemente, sobre esta base era mucho más fácil inculcar que formar, que educar, y el objeto de la inculcación fue una forma de entender el deber militar que hizo que la mayoría de los alumnos de la AGM de Franco, el 18 de julio, se uniesen a su antiguo director.

En tercer lugar las reformas de *Azaña*, hechas en forma rápida y sin valorar debidamente las fuertes resistencias corporativas contra las mismas, aumentaron la crispación en los cuarteles y crearon un caldo de cultivo adecuado a la involución, pues fueron hechas en los cuatro primeros meses, y sin ponderar, ni los ritmos de asimilación de las mismas, ni la oportunidad del momento.

Si el colectivo que soportaba o vivía en una atmósfera de tensión y crispación hubiese sido civil, habría dado salida a su inquietud utilizando los clásicos derechos de reunión, manifestación, asociación, huelga, etcétera... pero se trataba de militares a los que estos derechos estaban negados y para los que en consecuencia, no existían «cauces legales» a través de los que dar una salida normada a su descontento. En consecuencia recurrieron a la asociación clandestina, secular sistema usado por los militares que conjuntamente desean lograr algo. Y así nació la UME, Unión Militar Española, de la que hablamos a continuación.

## La UME

La Unión Militar Española (UME) nació en 1933. En líneas generales se podría aventurar que en su aparición influyó el corporativismo que en 1917 hizo nacer las Juntas de Defensa, disueltas en 1922, o sea, sólo once años antes de la aparición de la Unión Militar Española.

Posiblemente, lo que ocurrió fue que las Juntas actuaron como cliché de algo que se repitió cuando el sector más conservador de las mismas consideró que con la República (lo mismo que con la exigencia de evaluaciones para ascender en 1917) los intereses del Cuerpo de oficiales estaban amenazados. Entonces, como muchos oficiales habían pertenecido a las Juntas, y éstas habían sido no sólo toleradas sino legalizadas, consideraron oportuno encuadrarse en la nueva asociación que, gracias a este mimetismo corporativo, logró una importante implantación en los cuarteles.

Durante los años 1932 y 1933 se produjeron tres hechos que influyeron en su creación, estimulando el corporativismo del sector más derechista del ejército: la «*sanjurjada*» (10 de agosto de 1932), los sucesos de Casas Viejas (12 de enero de 1933) y las elecciones del 19 de noviembre del mismo año.

En primer lugar, las condenas que siguieron a la «*sanjurjada*» generaron un

gran movimiento de solidaridad con los condenados<sup>4</sup>, que en aquella época (y a diferencia de lo que ocurre actualmente) perdían sus haberes, quedando sus familias en la indigencia. Entonces, el compañerismo de unos y la mala conciencia de otros (me refiero a los que pensaban como los sublevados pero no se atrevieron a alzarse) desencadenó un movimiento de ayuda equivocadamente consentida por el Gobierno, que facilitó unas primeras tomas de contacto de los que acabarían encuadrándose en la UME.

En segundo lugar, de los cinco miembros de la primera junta central de la UME, dos estuvieron directamente relacionados con los sucesos de Casas Viejas: el capitán *Barba Hernández*, el que dijo haber recibido directamente de Azaña la orden de reducir a los sublevados mediante «*tiros en la barriga*»<sup>5</sup> y el capitán *Gumersindo de la Gándara*, que estaba destinado en Guardias de Asalto y, cuando la opinión pública hizo recaer la responsabilidad de lo sucedido sobre su Cuerpo, cambió de ideología, pues hasta entonces había sido republicano.

Por último, la campaña que precedió a las elecciones generales de noviembre de 1933 significó un aumento de tensión en los cuarteles, que fue aprovechada para ayudar al lanzamiento de la Unión<sup>6</sup>.

A estos hechos, que repercutieron de forma concreta en el nacimiento de la UME, habría que añadir como causa de la aparición de la Unión la «*conjunción de la ideología conservadora de los militares con una situación de crispación*» ascendente en los cuarteles, debida, fundamentalmente en parte, a la propia incapacidad del estamento militar de asumir los rápidos cambios que se producían en aquel momento y, en parte, a la labor intoxicadora y desestabilizadora que la extrema derecha realizaba en los cuarteles.

Como consecuencia de ella, todas las innovaciones se presentaban como ataques a la Iglesia (el carácter laico del Estado, etcétera), a España (el cambio de la bandera, el reconocimiento de la autonomía de Cataluña, etcétera) o al ejército (fundamentalmente, la ley Azaña, el cierre de la Academia de Zaragoza, etcétera).

Muchos militares se sentían irritados, acosados (no digo que lo estuviesen, sino que ellos se sentían así), y esta situación psíquica, que fue la misma que

4 MANGADA ROSENÖRN, J.: *El fascio en el Ejército o la Unión de Militares Españoles (UME)*, Madrid 1936, da datos detallados de la Comisión que se creó, copia la circular enviada y cuenta la forma casi oficializada de recoger fondos, dando la cifra de 547.210 pesetas distribuidas hasta la amnistía de 1934, o sea, durante unos dos años. Los que apoyaban la recaudación no podían dar más de dos pesetas mensuales, o sea 24 anuales, lo que indica que los que apoyaron las subvenciones fueron casi diez mil personas. Como el descuento lo hacían los propios cajeros de los cuerpos, posiblemente fue muy elevada la cantidad de militares que aceptó la suscripción.

5 COUCEIRO TOVAR, J.: *Hombres que decidieron*, Editorial Rollán, Madrid, 1970, pág. 79. Según este autor la idea de Barba de fundar la UME fue consecuencia de las tensiones derivadas de este suceso.

6 MANGADA, op. cit. pág. 3.

hizo nacer las juntas en 1917, posiblemente llevó a más de uno a la UME, habida cuenta, además, de que la oficialidad no tenía ningún órgano de defensa corporativo, y el Estado, que es quien tradicionalmente vela por los intereses de su grupo armado, tenía un gobierno republicano que era considerado por muchos oficiales enemigo del ejército.

*Cardona y Payne*<sup>7</sup> opinan que su primer jefe fue el coronel retirado *Emilio Tarduchi*, que pronto fue reemplazado por el capitán de Estado Mayor *Barba Hernández*, pese a que *Cacho Zabalza*<sup>8</sup> hace a este último el fundador e inventor del nombre. Los miembros más activos de la organización, además de los dos citados, probablemente fueron el comandante *Luis Arredondo*, el coronel *Ricardo Rada*, los capitanes *Sánchez Sacristán* y *Gándara*, el capitán de complemento *Pardo Reina* (que representaba el sector más templado, constitucionalista) y el teniente coronel *Valentín Galarza*, al que se dio el sobrenombre de «*El Técnico*» en la preparación de la rebelión militar, y que después fue ministro con *Franco*. Como se puede observar, de los ocho nombres citados, sólo cuatro estaban en activo, ya que tres se encontraban en situación de retirados (*Tarduchi*, *Arredondo* y *Rada*) y *Pardo Reina* era de complemento. A ellos podría añadirse el nombre de *Nazario Cebreiros*<sup>9</sup>, también retirado, miembro del periódico «*La Correspondencia Militar*» y uno de los cerebros del grupo.

La estructura de la UME recuerda a la de las Juntas de Defensa (1917-23), a las que posiblemente pertenecieron los miembros de más edad: en las guarniciones había juntas locales, sobre ellas estaban las juntas de la Región Militar respectiva, aunque no de forma exacta, y sobre todas una junta central en Madrid, llamada por *Barba Hernández* «*junta de los coroneles*», y que recuerda en algunos aspectos a la *Junta Superior de las Juntas de Defensa*, de Barcelona. De todas formas, el funcionamiento de la UME, al ser ilegal y clandestina, tropezaba con las lógicas dificultades y era mucho peor que el de las juntas. Y este precario funcionamiento hizo que no existiese en la UME una mínima mentalidad común, y mientras algunos, lo único que querían era moderar la República, mejorar el orden público, templar el nacionalismo catalán, etcétera (*Gándara*, *Pardo Reina*, etcétera), otros eran auténticos extremistas—ultras, por usar la palabra actual—, deseosos de derribar el régimen constitucional y la democracia (*Tarduchi*, *Barba*, *Arredondo*, *Rada*, *Cebreiros*, *Galarza*, etcétera).

7 PAYNE, Stanley: *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París, 1968, pág. 256. CARDONA, Gabriel: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, siglo XXI, Madrid, 1983, pág. 195.

8 CACHO ZABALA, A.: *La Unión Militar Española*, EGASA, Alicante, 1940, pág. 14.

9 AREILZA, J. M.<sup>a</sup> de: *Así los he visto*, Planeta, Barcelona, 1974, pág. 124, cuenta sus viajes a Pamplona con Cebreiros y el contacto de éste con Galarza. Según Areilza, Galarza encargaba a Cebreiros que redactase las proclamas e instrucciones.

La UME tuvo especial implantación en Madrid, Barcelona, Valencia y algunas guarniciones del Norte. En cuanto a sus efectivos, han sido muy exagerados, llegando algunos historiadores a dar cifras muy elevadas. Personalmente, creo, como *Salas Larrazábal* y *Ricardo de la Cierva*<sup>10</sup>, que no llegó al 10 por 100 de los oficiales; lo que ocurrió fue que contaban con una enorme cantidad de simpatizantes, porque la mayoría del Ejército sucumbía sus planteamientos, pero los realmente comprometidos eran sólo unos centenares.

### La UMRA

Para contrarrestar la labor desestabilizadora de la UME en los cuarteles, se creó en la primavera de 1935 la *Unión Militar Antifascista (UMA)*. Parece ser que la fundaron<sup>11</sup> el oficial de máquinas *Eugenio Rodríguez Sierra*, *Miguel Palacios*, que era capitán médico, *Alfredo León Lupión*, que había dirigido un importante movimiento reivindicativo de los sargentos, el teniente coronel *Carratalá* y el capitán *Paco Galán*, hermano de *Fermín*, que actuó de anfitrión y era del PCE. Este Partido hizo muy al principio algún intento de dirigir la organización, pero tuvo que renunciar, pues sus miembros deseaban que la unión fuera antipartidista. En la cuarta reunión, y para crecer, decidieron invitar a los antiguos miembros de la AMR, que seguían estando a la izquierda y se habían orientado ideológicamente hacia el PSOE. (Otros, como *Queipo*, *López Ochoa* o *Ramón Franco*, habían cambiado después de la revolución del 6 de octubre del 34 y eran irrecuperables). Con la ampliación se cambió el nombre de la organización que pasó a llamarse *UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista)*, recuperando la R de la AMR, asociación esta última a la que habían pertenecido algunos de los incorporados. Sin embargo, creo que no hubo una fusión formal, frente a la opinión de *Modesto*,<sup>12</sup> luego muy repetida.

La *Asociación Militar Republicana (AMR)* se había creado durante la dictadura de Primo de Rivera. Formalmente su jefe fue *Queipo de Llano*<sup>13</sup> y pertenecieron a ella el general *López Ochoa* y varios jefes y oficiales muy activos políticamente: *Pedro Romero*, *Alejandro Sancho*, *Sandino*, *Sediles*, *Ramón Franco*, quizá *Galán*, etcétera. Como se trataba de una plataforma para derri-

10 Ramón Salas Larrazábal ha manifestado esta opinión en múltiples obras. Incluso en el prólogo al libro militar de Payne, publicado por Akal en Madrid, en 1977, pág. XXXVIII. Salas atribuye el probable error a dar una importancia desmedida al testimonio de Pardo Reina. CIERVA, Ricardo de la: *Historia de la guerra civil española*. San Martín, Madrid, 1979, pág. 763. GÁRATE CÓRDOBA, José María: *La guerra de las dos Españas*, Caralt, Marzo 1976, Barcelona, pág. 24. MALZ, B. Félix: *Mola, aquel hombre (Diario de la conspiración, 1936)*, Planeta, Barcelona, 1976, pág. 223, dice que no llegaban al 12 por 100.

11 Según testimonio verbal de León Lupión al autor.

12 MODESTO, J.: *Soy del Quinto Regimiento*, Ebro, París, 1969, pág. 13.

13 FRANCO, R.: *Decíamos ayer*, Tipografía Maucci, Barcelona, 1932.

bar la dictadura y restablecer la libertad, era muy heterogénea, y al lado de los liberales de derechas como *Queipo de Llano* y *López Ochoa* (que participarían pocos años después en la sublevación del 36, en la que el segundo fue asesinado) había otros de pensamiento muy radical, como *Alejandro Sancho* (que murió tuberculoso en la prisión militar) o *Ramón Franco*, que en aquella época flirteaba con los anarquistas, con cuya ideología también simpatizaba *Fermin Galán*<sup>14</sup>, el héroe de Jaca.

La AMR creció especialmente durante la «dictablanda» gracias fundamentalmente a *Pedro Romero* y a *Ramón Franco* que trabajaron a fondo, haciendo proselitismo, y tuvo especial arraigo en Aviación, Artillería e Intendencia. Algunos de sus hombres fueron los artífices de la sublevación de Cuatro Vientos el 15 de diciembre de 1930. Con el advenimiento de la República comenzó a languidecer y acabó desapareciendo, lo cual es lógico, ya que —al menos en teoría— había logrado su objetivo: la proclamación de aquel régimen. *Queipo de Llano* pasó a ser jefe de la casa militar del presidente de la República, y *Ramón Franco*, *Pedro Romero* y *Sediles* (que se había sublevado con *Galán* en Jaca) obtuvieron un escaño en las elecciones para las Cortes constituyentes.

Con la recuperación de algunos militares de la extinta AMR, la UMRA creció y obtuvo especial implantación en Cataluña y en Madrid, lugares en los que hizo fracasar la rebelión del 18 de julio. Antes de esta fecha, algunos de sus miembros habían sido instructores de la MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas), y en 1936 dos de sus oficiales fueron asesinados en Madrid por pistoleros de la extrema derecha: el capitán *Carlos Faraudo*, el 7 de mayo, y el teniente *José Castillo*, el 12 de julio.

El jefe de la organización fue el teniente coronel *Carratalá*<sup>15</sup> a quien asesinó uno de sus oficiales el 18 de julio, pero el alma de la UMRA fue el capitán *Eleuterio Díaz Tendero*, que desempeñó un importante papel en la selección del personal durante la guerra civil, y murió durante la guerra mundial en el campo de exterminio nazi de Manhausen.

Muchos miembros de la UMRA, posiblemente la mayoría de los antes citados, pertenecían además a la *masonería*. El 15 de febrero de 1935 el diputado *Cano López* interpeló al gobierno citando los nombres de veintiún generales que, según él, pertenecían a la masonería<sup>16</sup>. La cifra estaba hinchada y conte-

14 GALÁN F.: *Nuevas ideas*. Producciones Editoriales, Barcelona, 1979. El título original del autor era *Nueva creación*.

15 Según testimonio verbal de Juan José Gallego Pérez al autor, la elección de una junta a cuyo frente se puso a Carratalá como jefe nacional, se llevó a cabo poco antes del 18 de julio, en una reunión celebrada en una academia de preparación de Ingenieros de Caminos, propiedad del padre de Oraa de la Torre. Asistieron unos 14 representantes, entre los que recordaba al capitán Oraa, y al comandante Barceló por artillería, a Marcial Gil, que era el ayudante de Carratalá, al capitán médico Miguel Palacios, a Díaz, al capitán de infantería José M.<sup>a</sup> Enciso Modolell, a Moreno suboficial de infantería y al propio Gallego que era suboficial de ingenieros.

16 El autor se ha entrevistado con varios antiguos dirigentes del Ejército de la República, que

nía errores, pero era indicativa de la implantación de esta sociedad en el ejército. Por otra parte la mayoría de los citados por Cano López (*Gómez Morato, Riquelme, Villa-Abrille, Martínez Monje, Miaja, Romerales, Núñez de Prado*, etcétera) permanecieron fieles a la República el 18 de julio.

En resumen, a principios de 1936, y más especialmente desde la llegada del Frente Popular, en el ejército existían dos asociaciones clandestinas de oficiales, la UME y la UMRA, de talante fascista e involucionista la primera, y republicano-radical la segunda, que se vigilaban con hostilidad y preparaban para asaltar el poder en el primer caso y aplastar el asalto en el segundo. Pero los de la UME no eran los únicos conspiradores. Habían dos conspiraciones más.

### Las tres conspiraciones del 18-J

El 18 de julio, como el 23-F, fue la suma de tres procesos conspirativos, cada uno de los cuales comenzó por su cuenta a preparar el golpe de Estado. Los del 18 de julio fueron: el de jefes y oficiales de la UME (Unión Militar Española), el de una junta de generales que operaba en Madrid, y la conspiración organizada por *Mola* y basada en su propia autoridad en Navarra y en sus contactos personales.

De modo semejante, el 23-F fue el resultado de tres conspiraciones, sólo parcialmente coincidentes en el método y en la finalidad: la «operación *De Gaulle*», que quería protagonizar *Armada*, arrancando al hemicycle una discutible investidura (como *De Gaulle* al caer la IV República) para, a continuación, dar un «golpe de timón» reformando la Constitución, reduciendo las libertades y las autonomías, etcétera; la de *Tejero* y sus amigos de la Guardia Civil, que protagonizaron el asalto al Congreso y se enfrentaron con *Armada* cuando supieron que éste no quería un retorno puro y duro a la dictadura fascista y/o militar, con una junta de generales presidida por *Milans*, y, por último, la de los coroneles de Estado Mayor, aglutinados en el colectivo que firmaba *Almendros* en «*El Alcázar*», y que deseaba ganar tiempo hasta que en primavera, cuando florecen los «almendros», llegara el momento de intervenir.

Quizá el lector no le agrade que compare el 18-J con el 23-F simplemente porque las consecuencias del primero duraron cuarenta años y las del segundo cuatro días. Sin embargo, las consecuencias de ambas rebeliones no impiden

---

le han dicho que pertenecieron a la masonería, pero que algunos de los citados por Cano López, por ejemplo Villa-Abrille, con toda certeza, nunca fueron miembros de la misma. Urbano Orta de la Torre, que era miembro y convivió con él en la prisión creándose entre ambos gran amistad, así lo afirmó en entrevista personal con el autor de este artículo López Ochoa, en la obra aquí citada, pág. 95, afirma que no era masón, aunque frecuentaba un templo masónico que había en el pasaje Méndez Vigo, en Barcelona.

observar la analogía de las preparaciones. Y si los protagonistas del 23-F aún están en prisión, con sentencias de treinta años, y los protagonistas del 18-J, por el contrario, aún mantienen sus estatuas en pie y dan nombre a calles y plazas, es simplemente porque unos perdieron y otros no. Y como ya dijo el general *Breno* hace dos mil años: «¡Ay del vencido!» Si el 18 de julio hubiese fracasado, *Franco* y *Mola* probablemente habrían muerto en prisión, condenados por rebelión, por mucho que durante cuarenta años la leyenda rosa del 18 de julio encubriese la calificación objetiva de esta rebelión con el peregrino nombre de alzamiento, forma eufemística de encubrir un hecho delictivo, sancionado con las penas máximas por las leyes militares.

Veamos cómo ocurrió. Más concretamente, cómo se desarrollaron las tres conspiraciones que prepararon el golpe de Estado que estalló el 18 de julio<sup>17</sup>.

### La conspiración de los generales

Desde que el 16 de febrero de 1936 ganó las elecciones el Frente Popular, las conspiraciones no cesaron un momento. El '17, el general *Goded* (que, paradójicamente, había conspirado contra la dictadura de Primo de Rivera) se trasladó al cuartel de la Montaña e intentó convencer a los oficiales de que se sublevasen, a fin de cerrar el paso al Frente Popular, pero fracasó en su intento. Análogamente, parece ser que *Gil-Robles* trató de convencer al primer ministro, *Portela Valladares*, para que se declarase la ley marcial, y también fracasó. El mismo día 17 por la tarde, se reunieron los generales *Goded*, *Mola*, *Franco*, *Saliquet*, *González Carrasco*, *Varela*, *Galarza*, *Villegas*, *Rodríguez del Barrio*, *Orgaz* y *Ponte* (que venían reuniéndose desde que en enero se preveía la victoria de la izquierda), y volvieron a hacerlo el día 20, fecha en que decidieron esperar a que se deteriorase más la situación, antes de intervenir.

Y la situación se deterioró en los cuarteles el 11 de marzo, cuando el gobierno acusó a *López Ochoa* de haber cometido atrocidades en Asturias. *Payne* califica la acusación de «acto de venganza mezquino»<sup>18</sup>. Personalmente añadiré que demostraba una total miopía política y sirvió para decantar contra la República a muchos militares moderados.

Así las cosas, cuando el 7 de abril las Cortes destituyeron a *Alcalá Zamora*, un católico practicante, de la presidencia de la República. Las conspiraciones militares se incrementaron. La personalidad de *Alcalá Zamora* significaba una garantía para un importante sector de la población y más para los militares. Su destitución y la discutible forma en que se hizo fue otro lamentable error político. El general *López Ochoa* intentó convencerle para que no renunciase a

17. BUSQUETS, J.: *Pronunciamientos y golpes de Estado*, Planeta Barcelona, 1982.

18. PAYNE, op. cit., pág. 277.

la presidencia, apoyándose en las Fuerzas Armadas, pero, como es lógico, el presidente aceptó el veredicto del Parlamento. Uno de los que quizá se decantaron a raíz de la destitución fue *Queipo de Llano*, que había sido jefe de la Casa Militar del presidente *Alcalá Zamora* y, además, era su consuegro.

Mientras tanto, los generales conspiradores, que se habían reunido los días 17 y 20 de febrero, pasaron a estar dirigidos por *Rodríguez del Barrio* (al ser destinado *Goded* a las Baleares) y celebraron una nueva reunión el 9 de marzo en casa de *José Delgado y Hernández*, agente de Bolsa y miembro de la CEDA, que se había presentado en las elecciones para ser diputado pero sin obtener el escaño. Allí se reunieron *Franco*, *Mola*, *Orgaz*, *Villegas*, *Fanjul*, *Varela* y *Valentín Galarza*, y quizá *Rodríguez del Barrio*, *Saliquet*, *González Carrasco* y *Kindelán*. Por último, se reunieron el día 17 de abril en casa del general *González Carrasco* y decidieron que la sublevación debería realizarse tres días después: el 20 de abril.

Su plan era el siguiente: deberían sublevar Madrid los generales *Rodríguez del Barrio* (que era jefe del personal del Ministerio), *Orgaz* y *Varela* y el teniente coronel *González Gallarza*, con la UME; Zaragoza, *Villegas*; Burgos, *Fanjul*, que era el más activo del grupo; Valladolid, *Ponte* y *Saliquet*, y Barcelona, *González Carrasco*. Pero la conspiración fue descubierta y *Orgaz* y *Varela* detenidos (al primero le trasladaron a Canarias y al segundo, que ya había sido condenado por participar en la «*sanjurjada*», le recluyeron en el castillo de Santa Catalina, de Cádiz). *Fanjul* y *Galarza* huyeron, y *Rodríguez del Barrio*, que llevaba tiempo enfermo (murió dos meses después), fue destituido de su cargo en el Ministerio y, además, se retiró de la conspiración, que obviamente quedó abortada.

Había, por tanto, durante los primeros meses de 1936 dos conspiraciones: la de los generales, dirigida inicialmente por *Goded* y después por *Rodríguez del Barrio* pero de la que el alma era *Fanjul*, general muy politizado y antiguo diputado de un partido, el Agrario, muy de derechas, y la de los jefes y oficiales de la UME, de la que se ha hablado antes. Ambos grupos mantenían contactos esporádicos, desde enero del 36, fecha en que se celebró, en casa del general *Barrera*, una reunión entre la junta superior de la UME y los generales citados.

A estas dos conspiraciones, se añadió una tercera que acabaría por imponerse a las dos primeras, fundamentalmente porque contaba con un líder con suficiente capacidad de arrastre y decisión: *Mola*. El día 19 de abril del 36 a raíz del fracaso de la abortada intentona de *Martínez Barrio*, varios capitanes de la UME que representaban las guarniciones del norte se reunieron en Pamplona, en casa del capitán *Moscoso* (padre del que después fuera ministro del PSOE), y eligieron jefe a *Mola*, que era gobernador militar de Navarra desde el 14 de marzo.

## La conspiración de Mola

*Mola* fue el auténtico artífice de la sublevación militar: le dio unas mínimas bases organizativas, enviando varias circulares que firmaba bajo el pseudónimo de «*El Director*» (el título de «*El Jefe*», al parecer, se reservaba para *Sanjurjo*, mientras que un líder de la UME, *Valentín Galarza*, como ya se ha dicho, era llamado «*El Técnico*»). A finales de abril envió a las unidades comprometidas la «*Instrucción reservada número 1*», que comienza diciendo que, como consecuencia del pacto electoral, el gobierno está preso de las organizaciones revolucionarias y no existe otro medio de evitar una situación caótica que empleando la violencia. El documento está estructurado en nueve bases, casi todas dedicadas a tratar de la organización de unos comités cívico-militares que deben hacerse cargo del poder en todos los escalones. La base sexta dice que «*se instaurará una dictadura militar que tenga por misión restablecer el orden, imponer el imperio de la ley y reforzar el Ejército*», y la séptima promete un ascenso a los suboficiales y alféreces que tomen parte en el movimiento, y una gratificación metálica vitalicia a los cabos.

El 25 de mayo envió una nueva circular, titulada «*El objetivo, los medios y los itinerarios*» en la que establecía el plan militar para la conquista del Estado. En líneas generales, el plan de *Mola* era el siguiente:

— Sublevar las Divisiones (hoy Regiones Militares): V (Zaragoza), VI (Burgos) y VII (Valladolid), formando tres columnas que caerían sobre Madrid. Se trataba, evidentemente, de las Regiones Militares donde consideraba más seguro el éxito.

— Sublevar Valencia, enviando una columna contra Barcelona, donde, al parecer, preveía un resultado adverso.

— No incluyó en su plan la participación de las fuerzas insulares ni las del norte de África.

Del plan *Mola* se deduce que no esperaba tener que usar a los extranjeros de Regulares o de la Legión, y que creía que la resistencia sólo sería importante en Madrid, Barcelona, Andalucía y Asturias. No fue así.

## Ascensos, reingresos y depuraciones en el Ejército de Franco

El pronunciamiento comenzó el 17 de julio de 1936, en Melilla. En los primeros días, la distinta suerte de unos lugares y otros del territorio permitió dibujar en el mapa dos Españas que durante casi tres años iban a luchar entre sí. En la que triunfó, el primer órgano de gobierno fue la Junta de Defensa Nacional cuya constitución publicó el «BOE», como decreto número 1, el 24 de julio de 1936 y en la que se integraban dos generales de división (*Cabanellas* y *Saliquet*), tres de brigada (*Ponte*, *Mola* y *Dávila*) y dos coroneles del Cuerpo

de Estado Mayor (*Montaner y Moreno*). La composición de la Junta recoge a los líderes de las tres conspiraciones: en primer lugar a *Mola*, luego a dos destacados miembros de la conspiración de los generales (*Saliquet y Ponte*) y por último a dos importantes miembros de la UME, los coroneles *Montaner y Moreno*. La Junta cuatro días después declara, mediante un bando, el estado de guerra en todo el territorio, disponiendo que los que no lo acepten sean acusados de rebelión y juzgados mediante juicios sumarísimos en los que se daba al defensor sólo cuatro horas para preparar la defensa. Un mes más tarde, el 31 de agosto, el decreto número 79 extendería el juicio sumarísimo a todas las causas. Mediante este procedimiento comienzan a ser condenados los militares que no se han querido sublevar: el 29 de agosto causa baja el capitán de corbeta *Rodríguez Quevedo*, condenado a tres años y un día; el 19 de septiembre, el teniente de la Guardia Civil *Sánchez Hernández*, condenado a seis años; el teniente de navío *Valera Eguilar*, a veinticinco años, y el comandante de Intendencia *Claro Misarro*, a cadena perpetua. A partir de entonces fueron muchos los militares profesionales que causaron baja, siendo fusilados unos y condenados a largos años de reclusión los restantes. Por último, y ya bajo la égida de *Franco*, el decreto 78, de 17 de noviembre de 1936, restableció los Tribunales de Honor, que volverían a ser (como en la época de *Primo de Rivera*) un procedimiento expeditivo para expulsar del ejército a los contrarios a la dictadura. El decreto número 100, del 12 de diciembre crea las Juntas Superiores de Guerra y Marina, que quedaban autorizadas a dar de baja a los militares «sin que sea precisa la audiencia del interesado», no siendo derogada esta medieval norma hasta que acabada la guerra se promulgó la llamada «ley Varela» del 12 de julio de 1940 (BOE 158) que fue una ley de depuración, con ciertos requisitos jurídicos, pero mediante la cual fueron separados del ejército, unos 5.000 militares (suboficiales y cabos incluidos).

Mientras tanto, se iba levantando el nuevo ejército: el decreto número 29, del 8 de agosto, disponía la incorporación a filas de los reemplazos de 1933, 1934 y 1935; el número 50, del 18 de agosto, disponía el ascenso al empleo inmediato superior a todos los suboficiales y clases, y el número 126, del 22 de septiembre, promovía el de los alféreces a tenientes, produciéndose (ya con *Franco*) gran número de ascensos colectivos, masivos, durante el último trimestre de 1936. Simultáneamente, el decreto número 94, de 4 de septiembre, convocaba 250 plazas para bachilleres de las unidades de milicias o de los ejércitos que desearan ser alféreces provisionales, iniciándose así la creación de una oficialidad que alcanzó la impresionante cifra de 29.023 alféreces (sólo para el ejército de tierra) y que serían la osamenta básica de encuadramiento del nuevo Ejército.

Por último se reingresó a los que habían causado baja en el ejército durante la República por motivos particulares o como consecuencia de sanciones jurí-

dicas (por ejemplo, el decreto 109, del 13 de septiembre, reingresa a todos los expulsados por haber participado en la «*sanjurjada*»), siendo el primer reingresado el teniente coronel *Esteban Infantes*.

Por otra parte, durante la guerra y la inmediata posguerra, se intentó identificar al ejército con el nuevo régimen político, dando incluso vigencia legal al uso de los símbolos falangistas dentro de las Fuerzas Armadas. Tal pauta de conducta comenzó, con el decreto 333/37, del 4 de agosto del 37 (BOE 291), por el que se aprueban los estatutos del FET y de las JONS, que dispone en el artículo 5.º b, que los militares en activo son militantes de Falange.

Por último, ya después de la guerra, un decreto del 17 de julio del 42 obliga a los militares que asistan a actos políticos a saludar levantando el brazo al estilo falangista. Poco después, algunos militares en activo, encabezados por *Muñoz Grandes*, fueron transferidos a las milicias del partido, con lo que el ejército sirvió, en alguna medida, para controlar al partido, a Falange Española. *Viver* señala que 53 militares fueron miembros del Consejo Nacional de Falange (el 25'5 por 100 del total)<sup>19</sup>, y *Beneyto* da los nombres de los generales *Queipo de Llano*, *Dávila*, *Gómez Jordana*, *Yagüe*, *Monasterio* y *Beigbeder*, el coronel *Gazapo* y el comandante *López-Bossa*<sup>20</sup>, y la propia dirección del Partido único, la Secretaría Nacional, tuvo casi siempre como titular a un militar, pues *Raimundo Fernández Cuesta* y *José Solís* lo fueron por dos veces cada uno, y *Muñoz Grandes* una quinta vez.

En abril de 1939 *Franco* tenía sobre las armas más de un millón de hombres, entre quienes estaban los 32.000 del cuerpo italiano y los 35.000 del marroquí. Pero, aunque fogueado y victorioso, no era un ejército adecuado para un conflicto como el que estaba a punto de estallar en Europa. A pesar de los ensayos de material extranjero que aquí se habían realizado, la guerra de 1936-39 no fue una guerra moderna, de movimientos, sino todo lo contrario. Cuando se acabó, italianos y alemanes se llevaron la mayor parte de su material, y el ejército de *Franco* se quedó sin cobertura aérea; con 850.000 infantes a pie que apenas podía apoyar una escuálida Artillería de 19.000 hombres; mientras la caballería casi no tenía vehículos blindados y automóviles, y era una fuerza a caballo. Este ejército anticuado estaba mayoritariamente mandado por una oficialidad nueva, politizada y forjada durante la guerra civil: los alféreces provisionales.

### Los alféreces provisionales

La guerra civil dividió al Ejército (como institución) aunque los militares en

<sup>19</sup> VIVER PI I SUNYER, C.: *El personal político de Franco (1936-45)*. Vicens Vives, Barcelona, 1978, pág. 75 y ss.

<sup>20</sup> BENEYTO J.: *La identidad del franquismo*. Gráficas Espejo Madrid, 1979, pág. 232

general, como corporación o, si se prefiere como capa social inserta en las clases medias, estuvieron masivamente de corazón con el alzamiento (eufemismo generalmente usado para encubrir lo que de hecho fue una rebelión). Como consecuencia de la guerra civil el Ejército quedó profundamente transformado, pues como institución pasó a asumir funciones políticas que antes no realizaba (o realizaba muy excepcionalmente), especialmente en el campo de la represión y el gobierno, y como grupo social vio perder a gran número de sus miembros no sólo a causa de la guerra, sino también de la depuración política, que apartó de la carrera a los leales a la República (así como a quienes, sorprendidos por la guerra en la zona republicana, se vieron imposibilitados de pasarse a tiempo), y simultáneamente engrosar los escalafones con universitarios movilizados «estampillados» como alféreces, a menudo procedentes de las milicias políticas de requetés y falangistas.

En efecto, en 1936 existía cierta escasez de mandos subalternos, debido a que en los diez años anteriores a la guerra civil el número de tenientes graduados en las academias fue relativamente bajo. En efecto, en 1925 *Primo de Rivera*, para superar sus problemas con los artilleros y el consiguiente cierre de la academia de Segovia, suprimió el ingreso en las antiguas academias de las Armas, y reorganizó la Academia General Militar. Pero este centro no comenzó sus cursos hasta octubre de 1928, y sólo contó con tres promociones, que totalizaron unos 700 tenientes,<sup>21</sup> porque a su vez fue cerrado por la República. Con ésta era preciso aprobar un curso en la Universidad antes de hacer las oposiciones de ingreso en las academias, y este hecho, unido al antimilitarismo de la época, hizo que en aquellos años ingresasen muy pocos cadetes. Y así, en 1935 sólo salieron de las academias 62 tenientes y en 1936 sólo 18 (el curso acabó unos días antes de empezar la guerra).

Esta grave escasez de mandos subalternos<sup>22</sup> se intentó solucionar en ambas zonas, mediante la creación de dos procedencias profesionalmente homologables: los alféreces *provisionales* y los tenientes de *campana* nombres ambos que hacen referencia a la situación de temporalidad, provisionalidad, para lo que durase la campaña, con que fueron creadas. En ambos casos se trataría de jóvenes con preparación suficiente para ser habilitados para realizar su cometido militar, hecho éste que, por otra parte, no era nuevo en la historia militar de España, pues por ejemplo en la guerra de la Independencia ya se hizo: se transformaron los *bataillones literarios* de alumnos de la universidad en escuelas para la formación de oficiales.

21 BUSQUETS J.: *El militar de carrera en España*, Ariel Barcelona, 3.ª edición, 1984, capítulo V.

22 La República, para paliar este problema, y al mismo tiempo para satisfacer justos anhelos del cuerpo de suboficiales, que ella creó y dignificó, ascendió al alférez a 1.890 suboficiales el 15 de diciembre de 1935. Sin embargo, en muchos casos, estas personas, por su edad, no resultaban aptas para mandar tropas en campaña.

La primera convocatoria de lo que después se llamarán alféreces provisionales<sup>23</sup>, aparece en el decreto número 94 de 4 de septiembre de la Junta de Defensa Nacional de Burgos. Se convocan 250 plazas para ingresar en las academias los combatientes con título de bachiller (o equivalente: peritos, maestros...), de 20 a 30 años de edad y que hubiesen superado un curso previo. En las academias la enseñanza sería inminentemente práctica y sólo duraría quince días. Para la enseñanza se designaron profesores claramente adictos al nuevo orden: *Blas Piñar* (padre), *Correa Véglison* (después sería gobernador civil de Barcelona), *Emilio Alaman* (llegaría a teniente general), etcétera.

La Falange contó con varias escuelas para formar a los oficiales de sus milicias, teniendo como profesores a instructores alemanés<sup>24</sup>. La más importante, que tenía carácter nacional y no provincial, fue la de *Pedro Llen* (Salamanca), que se cerró tras los sucesos acaecidos en esta ciudad en abril del 37. Sus cincuenta alumnos, falangistas de *Hedilla*, se opusieron a la unificación. Fueron desarmados y permanecieron presos en la cárcel de Avila unos dos meses. Como consecuencia de ello, se cerraron las academias de las milicias de los partidos, o sea las de Falange, pues las academias de los requetés fueron abortadas antes de nacer y *Fal Conde* tuvo que exiliarse en Lisboa.

Al mes siguiente, mayo del 37, el general *Orgaz*<sup>25</sup> reorganizó el sistema y lo militarizó: las escuelas pasaron a ser academias militares mandadas por un coronel y con una plantilla de militares profesionales (lo que sin embargo no impidió que unos sesenta instructores alemanes y un número menor de italianos siguieran en las mismas)<sup>26</sup>. Con el general *Orgaz* las academias de provisionales recibieron cierto impulso y al acabar la guerra se habían formado en ellas 29.023 alféreces provisionales, a los que se podrían añadir 1.151 de Aviación y 137 de Marina, lo que da un total de 30.311 para los tres ejércitos. Cifra ésta muy elevada, sobre todo si tenemos en cuenta que con *Azaña* el ejército se había reducido a unos 6.700 oficiales. De los 30.000 alféreces provisionales unos 3.000 murieron en la guerra<sup>27</sup>, varios cientos quedaron mutilados e ingresaron en el Cuerpo de Caballeros Mutilados, unos trescientos alcanzaron el empleo de capitán y varios miles el de teniente.

Los alféreces provisionales en su gran mayoría eran jóvenes estudiantes de la universidad o de carreras de grado medio, el 73 por ciento procedía de

23 GÁRATE CÓRDOBA, J. M.<sup>o</sup>: *Alféreces provisionales*, Ed. San Martín, Madrid, 1976 págs. 37 a 41. Además de la correspondencia Mola-Franco, copia la carta del 19-9-36 del coronel Moreno Calderón al coronel Montaner, comunicándole la decisión de hacer la segunda convocatoria.

24 GÁRATE CÓRDOBA, op. cit. pág. 94.

25 Decreto 249 del 25 de marzo de 1937 (BOE número 157, del día 26).

26 GÁRATE CÓRDOBA, op. cit. pág. 122.

27 Carta personal de Gárate Córdoba al autor, de fecha 29-11-75.

núcleos de población intermedia o rural y el 68 por ciento era de Andalucía, Galicia y la Meseta, y obviamente pertenecían a familias con nivel económico suficiente para pagarles los estudios universitarios, y estos dos factores de su origen social, zonas rurales y clase media, lógicamente les predisponían favorablemente a una ideología conservadora.

Aunque inicialmente eran de todas las carreras y de todos los cursos, al acabar la guerra, como es lógico, los que tenían las carreras más adelantadas o cursaban estudios más técnicos o superiores tendieron a acabarlos, mientras por el contrario, en general, los que decidieron quedarse en el ejército eran lógicamente aquellos cuya situación profesional mejoraba al hacerlo, porque dentro de la clase media pertenecían más bien a las capas bajas de la misma, o porque la profesión que estudiaban tenía menos prestigio social que la militar (y exceptuados, claro está, los casos de personas que descubrieron durante los tres años una nueva vocación y otras motivaciones idealistas que siempre existen). Por contra, los procedentes de la alta clase media, de la burguesía o de la aristocracia (como por ejemplo *Satrústegui*, *Ruiz Giménez*, etcétera) en general se reintegraron a la vida civil.

Su formación básica (de 17 a 20 años) la dio la guerra. Y una guerra con aire de cruzada. Consecuencia: nacionalismo, anticomunismo, antiliberalismo y, sobre todo, un fuerte dogmatismo, lógico en quien durante años ha defendido sus ideas con las armas en la mano. Para comprender esta actitud es además preciso tener en cuenta la gran dureza que tuvo aquella guerra, en la que fueron numerosas las muertes en ambas retaguardias por razones simplemente ideológicas. Y que muchos de ellos habían militado antes, durante, o después de la guerra en la Falange o el carlismo, grupos ambos que en aquel entonces se alineaban con la extrema derecha.

Por último los provisionales eran conscientes, y las jerarquías del Régimen también, de que eran uno de sus grandes soportes. El mismo general *Franco* aludió a ellos reiteradamente, en forma harto elogiosa y este algo, que en este caso parecía sincero, evidentemente aumentaba su adhesión. Por ejemplo, el 1 de octubre del 37, primer aniversario de su proclamación, los llamó «*bachilleres de los frentes, hijos del pueblo, caudillos*».

Al acabar la guerra, unos 16.000 regresaron a la vida civil: algunos acabaron las carreras que habían comenzado antes de la guerra y retornaron a sus antiguas ocupaciones. Los más ingresaron en distintos cuerpos de funcionarios civiles, mediante unas oposiciones, más o menos simbólicas, que la picaresca popular denominaba «*oposiciones patrióticas*» y que les permitieron ocupar vitaliciamente los muchos huecos dejados por probos funcionarios republicanos, que fueron depurados y expulsados de sus cuerpos por razones políticas, y en este sentido conviene recordar que al parecer perdieron la carrera, como consecuencia de las citadas depuraciones, el 80 por ciento de los maestros

nacionales, el 70 por ciento de los empleados de correos y telégrafos, el 40 por ciento de los del Ministerio de Gobernación,<sup>28</sup> etcétera.

Para los que desearan quedarse en el ejército se abrieron al acabar la guerra las academias de transformación, para infantería en Zaragoza y en Guadalajara, donde los antiguos *provisionales* fueron convertidos en profesionales, de escala activa, tras superar dos años de estudio. En las dos primeras promociones ingresaron 8.739 oficiales. Lo lógico habría sido que quienes no ingresaron en estas dos primeras promociones, únicas a las que se concedió el empleo de teniente, se hubieran licenciado, puesto que su elevado número bastaba para solucionar las necesidades de oficiales subalternos en tiempo de paz, pero la tensión bélica que creaba la guerra mundial unida a la necesidad de los dirigentes del nuevo Régimen, de recompensar a sus antiguos oficiales, dificultaba la lógica y deseable desmovilización, por lo que los cursos continuaron hasta 1948. Sin embargo, el trato que se dio a las siguientes promociones distó de ser favorable: no salieron con el empleo de teniente, sino con el de alférez y debieron esperar dieciocho meses para acceder a aquel empleo, que algunos ya habían obtenido (aunque en forma provisional) durante la guerra. Pero además, se les escalonó detrás de dos promociones de la Academia General Militar que habían ingresado después de acabar la guerra, pues los provisionales en los años cuarenta eran mirados como algo extraño a la corporación militar, aunque ellos no se daban cuenta, no querían darse cuenta, o no querían reconocerlo.

---

28 Para realizar las depuraciones de funcionarios civiles se dictaron varias leyes, entre las que destacan las del 10 de febrero de 1939 sobre ceses, 2 de marzo de 1939 sobre traslados y 4 de abril de 1940 sobre postergaciones. El Tribunal de Responsabilidades Políticas que presidía Enrique Suñer Ordóñez, trabajó durante varios años y al parecer perdieron la carrera casi 300.000 funcionarios civiles.